

tuvo á toda prueba, cuyo único pensamiento no era sólo derrotar á sus enemigos, sino aniquilarlos; aquel gran militar y gran hombre de Estado, fué una fisonomía digna de los antiguos héroes romanos.

Si hubiera de compararlo con algún modelo de los tiempos antiguos, lo colocaría al lado de Fabio Máximo Cunctator, «el escudo y la espada de Roma»; al lado de Escipión el Africano y de Catón el Antiguo, para señalar bien la extensión de su grandeza. Con una severidad completamente romana y con una legislación draconiana, aniquiló á los enemigos de su señor, de su patria y de su fe, y murió con absoluta confianza, porque no le acusaba su conciencia de ningún pecado mortal. Postergado, con muestras de ingratitud mortificante, cuando se creyó poder prescindir de él, perseveró sin debilidades en la misma fidelidad y en el mismo cumplimiento del deber, porque el aspecto personal de las cosas le era desconocido. En la hora de la más grande desgracia, respondió sin titubear al llamamiento que se le dirigió, y á pesar de la seguridad que tenía de que era demasiado tarde y de que el mal éxito envolvería en sombrío velo su vida entera. Si hubiera vivido en la antigüedad, le hubieran decretado inmortal gloria sus contemporáneos, y los que después le hubieran sucedido. Si hubiera sido mahometano, hubiera eclipsado al Hadschasch de hierro, al cual se asemejó tanto por sus victorias, por su desinterés, por su energía y por su religiosidad. Pero era cristiano, y los enemigos del Cristianismo le consideraron de otro modo; prueba evidente de que, en el espíritu de éstos, las ideas cristianas han cambiado por completo las antiguas. La razón principal del juicio severo que se tiene formado generalmente del Duque de Alba, es porque vino al mundo dos mil años más tarde. Ya se desviaban de él los contemporáneos del terrible gran hombre, aun cuando eran menos sensibles que nosotros. Señal de que con la distancia ha cambiado el espíritu de los tiempos.

#### 4. Las virtudes cristianas de la caridad, de la cas-

tidad, de la humildad y de la paciencia.—Cierto, han cambiado muchas cosas en el mundo.

Se cuenta entre las primeras el amor del prójimo, que fué primitivamente desconocido, y que conquistó después el derecho de soberanía entre los hombres. Hemos llamado ya la atención sobre el cambio que verificó en la faz de la tierra, apenas apareció esta virtud. Que haya podido poner freno á la más indómita y más insinuante de las inclinaciones, á la propensión á la sensualidad; que el entusiasmo y la caridad permitan al espíritu dominar fácilmente todas las debilidades de la carne; que el cuerpo esté también obligado á participar del eterno sacrificio de la caridad que todos debemos ofrecer á nuestro Creador; en una palabra, que sea posible la virtud de la caridad; he aquí doctrinas en que jamás pensaron aquellos rudos héroes y orgullosos filósofos de los primeros tiempos, doctrinas de las cuales se burlaban, considerándolas como impracticable locura. <sup>(1)</sup> Pero aquella impracticable locura se ha convertido en la verdad más evidente para millares y millares de débiles mujeres. La orgullosa insensibilidad, la prudente sumisión á todo lo que no puede evitarse, la estúpida arrogancia frente al destino, eran las cumbres más elevadas á que podían alcanzar los mejores representantes del Paganismo.

Pero también pertenece al Cristianismo la gloria de haber dado al mundo la voluntaria y pacífica abnegación en todos los dolores enviados por la voluntad purificadora de Dios; en otros términos, la paciencia. Su creación por excelencia es esta otra virtud que ni presentir pudo el Paganismo, la humildad. Es cierto que los mejores paganos reconocieron la estrechez de límites de la naturaleza humana; pero esta vía llevaba á los más potentes espíritus á la melancolía, al desprecio y al odio al resto de los hombres; y á otros, como á los últimos estoicos romanos, por ejemplo, á la filosofía de la tristeza sobre la inmutabilidad de las cosas, ó á la filosofía de la inacción; y á las

(1) Sobre Sócrates. V. Zeller, *Philos. der Griechen* (2), II, I, 108.



almas bajas, como Luciano, á la burla bufona y biliosa. Reconocer las faltas de los demás, sin amargura y sin placer maligno, y saber mejorar á los individuos, tratándolos con miramientos, reconocer con gusto las ventajas del prójimo, y saber aprovecharse de ellas; descubrir las debilidades propias con penetrante y sincera mirada; confesarlas sin desaliento; salir con resolución á su encuentro para suprimirlas, son también novedades, en que de la manera más categórica se revela el contraste entre el espíritu cristiano y el espíritu pagano. <sup>(1)</sup>

Tenemos, pues, ante nosotros toda una serie de virtudes; la caridad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la castidad, que deben considerarse como propias y exclusivas del Cristianismo. Y no quiere decir esto que, por su naturaleza, sean sobrenaturales. ¡No! Son simples prácticas del bien, que tienen como base un terreno puramente natural; pero suponen un espíritu de mansedumbre, de bondad, de paciencia resignada serena y fuerte á la vez, que fué extraño á la antigüedad. Fuele reservado al Cristianismo el ponerlas en práctica, porque sólo él ha sabido transmitir al mundo este espíritu.

**5. Hablando con propiedad, no hay contraste entre las virtudes aisladas, sino en el conjunto.**—Debemos hacer aquí una observación de considerable importancia, no sólo desde el punto de vista de la comparación entre el Cristianismo y el Paganismo, sino, sobre todo, desde el punto de vista de los diferentes grados en que se encuentra la civilización, y hasta de la marcha de la vida privada. Con frecuencia se han contentado para esto con colocar uno al lado de otro un principio sacado de una filosofía, y otro sacado de otra, ó bien con oponer uno á otro dos hechos diferentes, creyendo que es más que suficiente para probar su parentesco ó su oposición. ¡Superficial manera de comparar! Lo que debe decidir en último caso no es lo que dos pensadores han dicho, sino la manera como lo han entendido. No se establece la preeminencia entre

(1) Doellinger, *Christenthum und Kirche*, (1), 483, s. 382, 407.

dos rivales por las obras que han ejecutado, sino por el espíritu que ha presidido á esa obra y por su valor. Por eso es imposible formar un juicio sincero sobre las relaciones de la antigüedad y del Cristianismo, fijándose únicamente en expresiones y en hechos aislados, en lugar de examinar su valor intrínseco, la profundidad de su significación y la relación que tienen con el espíritu que los ha producido. Sólo así se puede con toda imparcialidad y con todo amor á la verdad apreciar la semejanza que existe en un gran número de pasajes aislados de la moral cristiana y de la moral antigua.

Sin embargo, no hay duda que entre ellas hay diferencias muy importantes; pero esas diferencias no tanto consisten en la cantidad más ó menos grande de virtudes practicadas en el uno y en el otro lado, ni tampoco en que el Cristianismo ordena practicar esas virtudes con más pureza y con mayor perfección de lo que lo hacían los antiguos, sino sobre todo en las disposiciones morales producidas, de una parte, por las virtudes cristianas, y de otra, por las virtudes paganas. La disposición fundamental que daba vida á la virtud antigua, si podemos aún servirnos de esta frase, era ruda, dura, orgullosa; estaba tocada de dos defectos, que casi siempre tuvo la moralidad de la antigüedad; la estrechez de espíritu y la exageración. Existían entre los antiguos las palabras moderación y justo medio; pero rara vez respondía á ellas la realidad; por eso, no era difícil adquirir entre ellos la aureola de la virtud.

Entre la inmensa muchedumbre de virtudes se escogió una y se trató de desarrollarla de la manera más tortuosa, más peligrosa y más desmesurada que les fué posible. Se llevaba la justicia hasta la crueldad y hasta la barbarie, la energía de carácter hasta el ridículo, la franqueza hasta la grosería, la sobriedad hasta la trivialidad, y se tenía la seguridad de ser admirado y de llevar el nombre de héroe. No puede el cristiano llegar con tanta facilidad á ese resultado.

Tomar un caballo de los que sirven de juguete á un ni-



ño, montarlo, y oprimirlo hasta que caiga aniquilado, es en sí más reprehensible que honroso. Aquí es donde especialmente cosecha sus frutos la doctrina del Justo Medio. En todas partes debemos cumplir con nuestro deber; en ninguna parte se nos pedirá nada de heroico ni de extraordinario; se nos exige únicamente solidez en todas las virtudes que nos interesan. Aunque traspasen los límites de lo ordinario los esfuerzos aislados, necesitarán mucho todavía antes de procurar á alguno el nombre de hombre capaz ó completo. Lo que da el golpe decisivo es el espíritu que da vida á los actos. Poco importa que haga uno mucho ó poco, basta con que haga lo que debe y lo que puede; pero lo importante es que esté todo animado de esa interior disposición que es la característica del Cristianismo.

Y hay algo aquí que no puede ser expresado, sino sirviéndonos de las palabras del Apóstol: «Lo que tiene valor á los ojos de Dios es el hombre interior del corazón, que consiste en la incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto». <sup>(1)</sup> En todos los hechos y en todas las palabras del Maestro Divino brilla esa disposición á la vida interior, á la profundidad, á la mansedumbre, á la paz, á la caridad, á la gravedad y á la tranquilidad. Supo comunicar á los suyos esta disposición y les mandó predicarla; con ella, de un hijo del trueno hizo su discípulo muy amado; con ella cambió al cruel fariseo en el Apóstol de las gentes que decía á sus discípulos: «Mas nos hicimos párvulos en medio de vosotros, como una nodriza que acaricia á sus hijos. Y así, amándoos mucho, deseábamos con ansia daros, no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias vidas, porque nos fuisteis muy amados». <sup>(2)</sup>

**6. El heroísmo cristiano, el martirio.**—Nada tenemos que objetar, si se considera ese espíritu, que para sí reivindica el Cristianismo, como el camino suave que anima las virtudes de la humildad, de la abnegación y de la

(1) I S. Pedro, III, 4.

(2) I Tesalonicenses, II, 7, 8.

paciencia. <sup>(1)</sup> Pero no pueden admitirse estos principios en el sentido de que la fe cristiana excluya la valentía, la energía viril y el sentimiento heroico; y si se le quisiera considerar así, protestaríamos inmediatamente. La doctrina del Justo Medio no destierra el heroísmo de la virtud cristiana. La disposición que inclina á la ternura al corazón humano no es tampoco obstáculo á la energía ni en la actividad ni en la pasividad.

Entre las virtudes que se propone enseñar la moral cristiana no están sólo las virtudes que nombra, la modestia, la mansedumbre, la afabilidad; hay otra á que da el nombre de fortaleza. <sup>(2)</sup> Colocada entre la timidez y la temeridad, debe reprimir tanto la una como la otra, distinguiéndose así del fanatismo y de la cobardía; su papel es templarlas, moderarlas, á la primera, contra el peligro, á la segunda, contra una tensión demasiado violenta.

La doctrina cristiana cuenta también entre las virtudes la magnanimidad, que mueve al espíritu para las nobles y sublimes acciones, preservándolo de la estrechez de corazón y del apocamiento. <sup>(3)</sup> Pero es particularmente digno de consideración el concepto cristiano de la paciencia. No quieren ver muchos en ella sino una virtud pasiva y negativa. Preséntala nuestra Religión como virtud activa, no como subespecie del dominio de sí mismo, cambiado en mesurada y prudente moderación, sino más bien como energía y fortaleza, como victoria alcanzada contra todas las dificultades que se encuentran en el camino del bien. <sup>(4)</sup> Sí, según la doctrina de la Revelación, «la paciencia es más aún que la fuerza, es prueba de fortaleza superior á la victoria alcanzada sobre los enemigos». <sup>(5)</sup>

(1) Vischer, *Ästhetik* III, 486, *Gloss in Herzogs Realencyclopædie für protestantische Theologie* (1) XIII, 748.

(2) Sto. Tomás, *Summa theol.* 2, 2, q. 123, a. 3.

(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 129, a. 6 et 7 et q. 136. Peraldo, *Summa virtut.*, I, p. 3, tr. 4, p. 9, 10. Viguero, *Instit. theol.*, c. 6, § 3. Aguirre, *Philos. moral.*, 4, 2, 3.

(4) Sto. Tomás, 2, 2, q. 136, a. 4.

(5) Prov., XVI, 32. Sto. Tomás, 2, 2, q. 123, a. 6.



En estas expresiones se encuentra también la clave para apreciar en su verdadero valor la constancia cristiana en los tormentos de las persecuciones. Pocos son los adversarios que, como Gibbon, llevan la bajeza hasta atreverse á censurar á nuestros mártires, porque con frecuencia se lanzaron á la muerte con alegría de corazón, para procurar un fin glorioso á una vida deshonrada que, sin esto, hubiera tenido como fin la muerte de los criminales, ó hubiera quedado ajada con el exceso de sus faltas. <sup>(1)</sup> Son, sin embargo, muy frecuentes todavía las falsas ideas sobre el martirio, y así, sin considerarlo como puro fanatismo, no se ve en él sino una repentina efervescencia de noble entusiasmo, en una palabra, el fugitivo desbordamiento del sentimiento. Como ya lo hemos visto, nuestros doctores quitan de la idea de verdadera fortaleza toda exuberancia ó toda temeridad provocadora. Mas, como consideran el martirio como el más elevado ejercicio de esta virtud, <sup>(2)</sup> se sigue que, si alguno se precipitase al martirio sin necesidad, no podría reivindicar el glorioso dictado de mártir. Y así, desde los tiempos más antiguos prohibieron las leyes eclesiásticas todo sacrificio de sí mismo hecho muy á la ligera, y borrarón del número de mártires reconocidos como tales, á los que se habían entregado á la muerte de ese modo, cuando semejante conducta no era autorizada por circunstancias especialísimas. <sup>(3)</sup> Nadie puede dudar que es esta una prueba de gran valor en favor de la justificación de la doctrina cristiana sobre las virtudes.

No negamos completamente la gloria de la fortaleza á aquellas muchedumbres fanáticas que, bajo los estandartes de Mahoma, se lanzaban espontáneamente á una guerra ofensiva. Pero en mucho mayor grado merecen que se les atribuya esta virtud los griegos que, á las órdenes de Leo-

(1) Gibbon, *Gesch. des Verfalls*.—Schreiter, 1800, III, 435.

(2) Rainer, a Pisis, *Pantheologia v. martyrium*, c. 1, ed. Nicolai, Lugd. 1655, II, 804 y sig. Cfr. Sto. Tomás, 2, 2, q. 124, a. 2.

(3) Concil. Illiber., c. 60.

nidas, esperaron á sangre fría en las Termópilas la aproximación de un enemigo superior, y murieron por la defensa de su país.

Más sublime fué todavía la constancia de Régulo, que, fiel á la palabra empeñada, á pesar de la perspectiva de una suerte terrible, fué á entregarse á los crueles cartagineses, sabiendo perfectamente que eran incapaces de apreciar su magnanimidad. Pero á todos supera el mártir. No se entregan por sí mismos los cristianos; sus más grandes héroes, un Cipriano, un Atanasio conocían su propia debilidad; la temían, y huían del peligro. Celosos imprudentes y censores indiscretos consideraban aquello como un crimen; mas, cuando llegó el momento en que la conciencia les obligó á confesar su fe, no hubo ya amenaza, y lo que es más, no hubo aliciente capaz de alterar la fidelidad que habían prometido á Cristo, su rey y señor.

He aquí una débil joven, que se ha criado en el esplendor de una de las primeras casas del imperio; es tímida como una paloma; tiembla con el pensamiento de ser expuesta en público, llevada de aquel casto pudor que forma la primera defensa de la virginidad cristiana. Vedla en la plaza pública en manos de crueles verdugos, expuesta á las miradas de una turba bufona; ante ella están expuestos los instrumentos de la tortura, y á su sola vista se quebranta su tierna naturaleza. Sin embargo, ¿qué es aquel espectáculo comparado con la amenaza terrible que escucha de los labios del inhumano juez, dirigida contra lo que para ella es más santo sobre la tierra, su honor y su inocencia?...

Por una parte, sabe que una sola palabra que salga de sus labios basta para asegurarle la felicidad de la vida y para hacerla objeto del respeto universal, dándole puesto al lado de uno de los primeros magnates del reino. Y á pesar de los tormentos, sacrifica sus aficiones más caras, desprecia los ofrecimientos que pueden cautivarla mejor, porque pone por encima de todo aquello la fidelidad á sus con-



vicciones. Si eso no es valor y fortaleza viril, habrá que decir que jamás ha conocido el mundo esas virtudes. Y si en casos semejantes, á todos sin excepción impone la doctrina cristiana la obligación estricta de obrar como ella, ¿cómo podrá decirse que el Cristianismo exige la abnegación y no la fuerza? ¿Cómo podrá decirse que está destinada á producir nada más que poltrones la Religión que enseña á amar al enemigo, á soportar las injurias, y á tener en gran estimación la pobreza? <sup>(1)</sup>

**7. La religión cristiana no es la religión de los cobardes. Es una maravillosa mezcla de debilidad y de fortaleza.**—¡No! no es el Cristianismo la religión de los cobardes; hay quien da á sus virtudes el nombre de «virtudes femeninas»; pero ¿quién sabe si el motivo de ese desdén es el no estar ellos suficientemente templados para el combate que imponen al hombre! «Nuestra concupiscencia, se nos ha dicho, debe estarnos sometida, y debemos dominarla». <sup>(2)</sup> ¿Qué hacer, cuando no se somete voluntariamente? Es necesario «ceñirse los riñones como hombre». <sup>(3)</sup> Pero, ¿quiénes son los que pueden someterse á esto? No son ciertamente los que se burlan de nuestra doctrina, diciendo que es buena para señoritas, que es demasiado pueril exigir al hombre que vigile todos los movimientos de su corazón, y que se ruborice del más insignificante pensamiento impuro. Además se nos ha dicho también: «que no os venza la ira». <sup>(4)</sup> Pero no quiere ceder la ira, y ya se dice á sí mismo aquel á quien asalta: Ya he sufrido demasiado, no puedo sufrir más semejante afrenta. Mas entonces llegan á sus oídos estas palabras: «No has resistido hasta derramar sangre». <sup>(5)</sup> Si pueden vencerse á sí mismas débiles mujeres, ¿no podrán lo mismo los hombres? Las más de las veces, esta es la respuesta que conviene á los que quieren

(1) *Cartas judías*, 48. Apd. Valsecchi, *Fundam. relig. Christ.*, l. 3, p. 2, c. 6, 2. Venet., 1770, 450.

(2) Génesis, IV, 7.

(3) Job., XL, 2.

(4) Job., XXVI, 18.

(5) Hebreos, XII, 4.

cubrir su propia vergüenza so pretexto de que el Cristianismo no es sino religión de mujeres. ¡No! ¡No! No es el Cristianismo Religión de cobardía; es religión de luchas y combates.

La causa de que tenga tantos enemigos entre los hombres, es que no les deja ningún descanso, escuchándose constantemente su grito de guerra que resuena en sus oídos: «Obrad varonilmente, tened valor, fortaleced vuestras manos temblorosas, y sostened vuestras rodillas que languidecen; sed fuertes en el Señor, y podréis todo en aquel que os fortalece». <sup>(1)</sup> ¡Y será esa doctrina, doctrina de debilidad! <sup>(2)</sup> ¿Cómo se explican esa mezcla de altivez y de humildad que se encuentra en el carácter cristiano, y que no puede comprender el que no lo es; esa contradicción entre la desconfianza de sí mismo y la seguridad que no retrocede ante los más difíciles sacrificios; ese noble heroísmo que rechaza todo lo que no es permitido, á pesar de las más seductoras promesas, y después, á su lado, ese rubor honesto, esa timidez virginal?

**8. La energía viril suavizada y completada por la perseverancia femenina que ennoblece la gracia de la mujer y fortifica su debilidad; tal es el carácter de la virtud cristiana.**—Nadie espere hallar solución á semejante enigma, si no sabe apreciar el nuevo carácter creado por el Cristianismo. No es aquí el hombre el rudo é inculto héroe, tal cual lo celebraron los grandes poetas de la antigüedad. Y si alguien quisiera hoy imitar á aquellos héroes, todos les rehusaríamos el honor que con gusto tributamos á Aquiles, á Ajax, á Escévola, á Furio Camilo, á Thierry y á Volker. Hoy no le exigimos más que una virtud moderada, una virtud humana; pero virtud que ha de ser constante, en el campo de batalla, en presencia del enemigo; en tiempo de paz, frente á los que se burlan de la Religión y de la moral; ante el respeto humano, lo mis-

(1) 2 Paral., XV, 7. Salmo, XXVI, 14; XXX, 25. Is., XXXV, 3. I Cor., XVI, 13. Efesos, VI, 10. Filipenses, IV, 13.

(2) S. Ambrosio, *Off.*, 1, 36, 179.